

1. Panorama de los enfoques metodológicos sobre pobreza y precios regionales

Existe un consenso cada vez más amplio en la literatura especializada sobre la naturaleza multidimensional de la pobreza, la cual no puede comprenderse ni medirse adecuadamente a partir de una sola variable, como el ingreso. Esto se debe a que, en contextos donde los mercados son incompletos o inexistentes, el ingreso no garantiza el acceso efectivo a bienes y servicios esenciales para el bienestar. En el caso de los bienes públicos, como la educación, el agua potable, la electricidad o la salud, el acceso está mediado por factores estructurales e institucionales que trascienden la capacidad económica individual (Alkire & Santos, 2013a). En consecuencia, una medición rigurosa de la pobreza requiere considerar, junto con el ingreso, indicadores que reflejen privaciones en dimensiones fundamentales de la vida humana.

Como plantea Sen (1979), toda medición de la pobreza enfrenta dos desafíos fundamentales: definir criterios claros para identificar quién es pobre y, posteriormente, sintetizar esa información a nivel agregado. A partir de estos principios se han desarrollado diversas metodologías de medición multidimensional, entre las que destacan el Índice de Pobreza Multidimensional de Alkire y Foster, la familia de medidas de Bourguignon y Chakravarty, y el Índice de Necesidades Básicas Insatisfechas (Alkire & Foster, 2007, 2011). Cada una de estas aproximaciones responde a una concepción distinta de la pobreza (Alkire & Santos, 2013b; Feres & Mancero, 2001), pero tienen en común que en todas se toman en consideración diversos ámbitos o dimensiones de la calidad de vida con el objetivo de identificar un punto de corte a partir del cual sea posible definir si un individuo se encuentra

por debajo de un nivel determinado de satisfacción o bienestar en una o varias de esas dimensiones, es decir, si cuentan con privaciones o carencias. Para ello, es necesario establecer ciertos parámetros asociados a las privaciones como son su nivel y sus pesos asociados, la importancia relativa de cada dimensión en el indicador general de pobreza, o el número de privaciones a partir de las cuales se considera a un individuo como pobre.

Los distintos métodos usan la información anterior para definir una función de identificación de pobreza que resuma las distintas características de la persona u hogar a fin de determinar si una persona puede o no ser considerada pobre (Alkire & Foster, 2011). Por ejemplo, Bourguignon y Chakravarty proponen el uso de líneas de pobreza específicas a cada dimensión (o niveles de deprivación en Alkire y Foster) y utilizan una función de deprivación para determinar qué individuos se encuentran en situación de pobreza. Por su parte, el método de Alkire y Foster requiere que se establezca un valor (peso) para cada privación y, posteriormente, se realiza la suma ponderada de carencias para identificar a la población en situación de pobreza (Alkire & Foster, 2011).¹

A pesar del creciente reconocimiento de la pobreza como un fenómeno multidimensional y de los avances metodológicos para medirla con mayor precisión (MPPN, 2025), las mediciones basadas en el ingreso siguen siendo una herramienta central en múltiples países, tanto para monitorear su evolución, como para orientar políticas públicas (Alvaredo & Gasparini, 2015; Chen & Ravallion, 2007). Esto se debe a que el ingreso y el gasto son indicadores clave del acceso a recursos esenciales y, en contextos donde la supervivencia es una preocupación inmediata, las líneas de pobreza permiten evaluar de forma clara si los hogares disponen de lo mínimo necesario para cubrir sus necesidades básicas (Ravallion, 2016b). Además, estas

¹ En términos generales, las metodologías de medición de la pobreza multidimensional contemplan dos enfoques respecto al criterio de identificación de las personas en situación de pobreza. El primero es el enfoque de unión, según el cual una persona es considerada pobre si presenta al menos una carencia en alguna de las dimensiones evaluadas. El segundo es el enfoque de intersección, que restringe la condición de pobreza a quienes enfrentan privaciones simultáneas en todas las dimensiones. En la práctica, muchas metodologías adoptan posiciones intermedias, utilizando vectores de ponderación que permiten determinar un umbral de privaciones a partir del cual un individuo es clasificado como pobre (Alkire & Foster, 2011).

métricas son especialmente útiles para el análisis de relaciones causales entre la pobreza y otros factores, lo que permite diseñar intervenciones más eficaces (Banerjee & Duflo, 2011). Finalmente, incluso en los enfoques multidimensionales, el ingreso continúa siendo una de las dimensiones más utilizadas y significativas, por lo que sigue siendo indispensable identificar a quienes presentan carencias por ingresos (D'Attoma & Matteucci, 2024).

La literatura distingue dos enfoques principales para medir la pobreza por ingresos: el método directo y el método indirecto. El primero se basa en la observación de la satisfacción efectiva de necesidades básicas, mientras que el segundo recurre a indicadores monetarios para aproximar en qué medida los individuos alcanzan un nivel de bienestar previamente establecido o socialmente aceptado.

Específicamente, una medida directa de la pobreza busca capturar los logros o realizaciones de los individuos, por lo que identifica bajos niveles de bienestar cuando no se satisfacen ciertas necesidades consideradas como básicas. En el método directo se consideran las condiciones de vida de los individuos y su cercanía (o lejanía) con el mínimo estándar social considerado, lo que ultimadamente determinará su clasificación como pobre o no pobre.

Por su parte, las medidas indirectas de pobreza se relacionan con la imposibilidad para perseguir el bienestar cuando no se cuenta con los recursos suficientes o la capacidad para llevar a cabo un consumo mínimo que satisfaga las necesidades básicas de un individuo (Feres & Mancero, 2001). En los métodos indirectos se busca determinar el nivel de ingreso necesario para adquirir una canasta básica de bienes y servicios, de modo que esta información permita clasificar a los individuos en pobres y no pobres.

Los métodos indirectos se caracterizan por utilizar *líneas de pobreza*, las cuales usualmente se definen como un nivel de ingreso o gasto que permite a los individuos acceder a un nivel de vida o bienestar mínimo (Arndt & Simler, 2010). Su construcción está fundamentada en la economía del bienestar y la maximización de la utilidad bajo restricciones, por lo que el nivel de vida representado por estas se puede entender como una expresión de la utilidad asociada al nivel de vida mínimo aceptable en una sociedad (Arndt & Simler, 2010).

Tradicionalmente, las líneas de pobreza se calculan a nivel nacional bajo el supuesto de que los precios, así como las normas y hábitos de consumo,

son relativamente homogéneos entre las distintas regiones de un país (Kakwani, 2010a; Mogstad *et al.*, 2007a; Ravallion, 1998a). Sin embargo, cuando estos supuestos no se cumplen, las estimaciones resultantes pueden estar sesgadas y ofrecer una visión distorsionada, tanto de la magnitud de la pobreza, como de su composición geográfica y demográfica (Mogstad *et al.*, 2007a). Tal es el caso de México, donde la identificación de las personas en situación de pobreza se basa en líneas de pobreza nacionales diferenciadas únicamente entre ámbitos rural y urbano (definidos según el tamaño de la población de la comunidad en que reside una persona). Sin embargo, como se analizará en el capítulo titulado “Regionalización”, los patrones de consumo varían de manera significativa a lo largo del territorio nacional, por lo que la idoneidad de este supuesto es limitada.²

En este contexto, el capítulo revisa la literatura sobre la implementación de líneas de pobreza regionalizadas y analiza sus principales limitaciones metodológicas, con el propósito de identificar los elementos clave y evaluar los desafíos que implica aplicar este enfoque en el caso mexicano. Incluyendo esta introducción, el capítulo se compone de cinco secciones. La segunda profundiza en el cálculo de las líneas de pobreza y revisa las cuatro metodologías más relevantes en la literatura, junto con sus principales limitaciones. La tercera presenta una revisión detallada de los estudios que abordan la dimensión regional en la construcción de líneas de pobreza. Esta sección se divide en dos apartados, de acuerdo con los enfoques predominantes identificados en la literatura: (i) la incorporación de precios regionales e índices de paridad de poder de compra, y (ii) la elaboración de canastas específicas por región. La cuarta sección discute las limitaciones y dificult-

² Si bien existen diversas explicaciones plausibles sobre el origen de la distinción entre localidades rurales y urbanas en la construcción de las líneas de pobreza por ingreso en México, una posible razón es que la fuente de información empleada en las primeras mediciones oficiales —la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH)— solo permitía, hasta 2006, realizar estimaciones confiables a nivel nacional y por ámbito rural y urbano (definido, respectivamente, como localidades con menos de 2 500 y con 2 500 o más habitantes). En consecuencia, la metodología vigente heredó una desagregación que respondía a limitaciones estadísticas del pasado, pero que ha perdido justificación técnica desde 2016, año en que la ENIGH comenzó a permitir estimaciones con representatividad estatal. Mantener dicha distinción sin una revisión de fondo puede generar inconsistencias en la comparación territorial y limitar la capacidad de la medición para reflejar la heterogeneidad actual de los contextos locales.

tades empíricas de generar líneas de pobreza regionales que sean, al mismo tiempo, representativas y específicas. Finalmente, la quinta sección presenta las conclusiones.

Líneas de pobreza

Existen múltiples aproximaciones para definir las líneas de pobreza, desde aquellas basadas puramente en criterios positivos o normativos, hasta aquellas construidas con criterios participativos o subjetivos. Por su relevancia para esta investigación, a continuación presentamos una caracterización breve de cuatro de las principales metodologías: el método de líneas de pobreza relativa; el método subjetivo;³ el enfoque de consumo calórico (Dandekar & Rath, 1971; Greer & Thorbecke, 1986); y, el método del costo de las necesidades básicas (Bidani & Ravallion, 1993; Ravallion, 1998b; Ravallion & Sen, 1996; Wodon, 1999).

Las líneas de pobreza relativas se determinan como un punto de corte porcentual en la distribución del bienestar, por ejemplo, se puede tomar el ingreso o el nivel de consumo por debajo del cual se encuentra el veinte por ciento de la población (Lanjouw, 1998). Difiere del concepto de pobreza absoluta en el sentido de que busca medir las desventajas de ciertos individuos en relación con el resto de la sociedad. El método es mayormente utilizado en los países desarrollados y generalmente se fija la línea de pobreza en relación a los ingresos medios de un país (Feres & Mancero, 2001).

El método tiene dos desventajas principales; en primera instancia, cuando los estándares de vida de los individuos son variables se dificulta realizar comparaciones en el tiempo o espacio pues cambia el criterio de corte para determinar quién es o no pobre. En segundo lugar, la determinación del punto de corte a partir del cual se es pobre, está sujeta a un cierto grado

³ Feres & Mancero (2001) afirman que: "El método subjetivo no es, por sí mismo, un método "indirecto": es posible utilizar la opinión de los encuestados para establecer niveles mínimos para cada necesidad básica, como en el método "directo". Sin embargo, en la práctica, el método subjetivo se ha relacionado casi exclusivamente con el ingreso, que es un indicador indirecto de bienestar" (p. 15).

de arbitrariedad (Lanjouw, 1998), pues depende de lo que socialmente se considera mínimo para subsistir.

El segundo método mencionado es el subjetivo, el cual busca eliminar juicios de valor respecto a la determinación de la fracción de los ingresos en la cual se sitúa la línea de pobreza (por ejemplo, la media o la mediana de los deciles de menores ingresos). El método busca obtener información sobre el ingreso mínimo mediante encuestas en las que se pregunta directamente a los individuos su opinión al respecto del ingreso mínimo que consideran necesario para que satisfacer sus necesidades elementales (Feres & Mancero, 2001). Un ejemplo del método subjetivo y las normas sociales respecto al nivel mínimo de vida es la línea de pobreza Leiden (Goedhart *et al.*, 1977; van Praag *et al.*, 1982).

Entre las principales limitaciones señaladas para este método, Citro y Michael (1995) —citados en Feres & Mancero (2001)— destacan las siguientes: no se elimina la arbitrariedad en la forma de formular la pregunta sobre el ingreso, ya que se puede dar lugar a discrepancias en cuanto a la manera en que los encuestados la comprenden. Adicionalmente, existen dificultades para controlar los incentivos de los individuos y la información que reportan sobre su ingreso, pues la respuesta proporcionada puede estar ligada a los beneficios esperados de la asistencia social o de las expectativas o idealizaciones de los individuos dada su situación actual.

Las siguientes metodologías se basan en el concepto de pobreza absoluta, el cual busca identificar aquellas poblaciones con restricciones para adquirir los satisfactores que se consideran indispensables para la vida independientemente del contexto económico relativo de una sociedad. En ese sentido, estas aproximaciones implican que la línea de pobreza en términos reales está fija en el tiempo (Kakwani, 2010b).

En el enfoque de consumo calórico (ECC) la línea de pobreza corresponde al nivel de ingresos que permite alcanzar un consumo predeterminado de calorías, a cuyo nivel se satisfacen las necesidades básicas para la realización de las actividades diarias. Este nivel se puede obtener mediante la estimación de la relación entre el consumo de energía y el gasto total. Para ello, el método se basa en tablas de consumo calórico preestablecidas según características como la edad, la estatura, entre otras, definidas por instituciones gubernamentales o internacionales, como la Organización Mundial de la

Salud. Este enfoque no requiere la construcción de una canasta de bienes como base para la línea de pobreza, lo que permite evitar la selección arbitraria de productos (Pradhan *et al.*, 2001).

Las líneas de pobreza bajo este método se obtienen de dos formas, la primera calcula el ingreso o gasto medio de los hogares cuyo consumo calórico es aproximadamente equivalente al consumo calórico predeterminado. La segunda forma toma estimaciones empíricas entre el consumo energético de alimentos y el gasto en consumo. Se realizan estimaciones econométricas del consumo calórico en función de gasto o bien del gasto en función del aporte nutricional (Asra & Santos-Francisco, 2001).

En lo que respecta al enfoque del costo de las necesidades básicas (CNB), este es una generalización ya que permanece atado a un consumo nutricional mínimo. El método considera el gasto necesario para adquirir una canasta básica compuesta de bienes y servicios, generalmente a nivel nacional, y evaluada a precios específicos. Desde este enfoque la línea de pobreza está conformada por dos elementos, una línea alimentaria y una línea de gasto no alimentario. Para la primera línea se utiliza una canasta de bienes que equivale a un consumo calórico mínimo individual diario, y justamente la línea es el nivel de gasto monetario necesario para cubrir este consumo (Bidani & Ravallion, 1993).

La canasta alimentaria se puede fijar de distintas formas entre las que se encuentran las siguientes: calcular la canasta de menor costo; utilizar la canasta observada para un grupo de referencia; o basarse en una propuesta que combine criterios económicos y nutricionales. Para la primera forma, se calcula la canasta de menor costo que genere el consumo nutricional mínimo requerido a los precios prevalecientes, por lo que no necesariamente se forma de acuerdo a los hábitos alimenticios de las personas (Asra & Santos-Francisco, 2001; Lanjouw, 1998).

La segunda opción es el método estándar y su determinación consiste en examinar los patrones de consumo de un segmento de la población para establecer una canasta. Los bienes consumidos por el grupo de referencia se incluyen en la canasta, se ponderan por porcentajes de gasto y se fija la cantidad consumida de cada alimento escalando la combinación de bienes de modo que se alcance el nivel de calorías buscado (Asra & Santos-Francisco, 2001; Lanjouw, 1998; Pradhan *et al.*, 2001). Una vez terminado este proceso,

se obtienen los precios de los bienes utilizados en la canasta para definir la línea de pobreza alimentaria. Se asume que, dado que los componentes de esta canasta forman parte de patrones sociales de consumo, entonces estas canastas pueden ser consistentes con los gustos locales (Olson Lanjouw & Lanjouw, 2001).

El procedimiento mencionado en el párrafo anterior retoma el enfoque de Orshansky (Thomas, 1980), pues combina elementos de las definiciones de pobreza absoluta y pobreza relativa; ya que la componente alimentaria se calcula con base en el gasto de un percentil de ingresos, que se ajusta para cubrir los requisitos nutricionales locales y a este nivel de consumo se le fija como el punto base para las comparaciones posteriores. Generalmente se toma como grupo de referencia a la población perteneciente a los deciles más bajos de la distribución del ingreso (por ejemplo, la canasta alimentaria del percentil 20) y se usan precios promedio o bien los precios pagados por la población de menores ingresos (Asra & Santos-Francisco, 2001).

Por otro lado, para obtener la línea de consumo no alimentario y por ende la línea de pobreza total, se suma a la línea de pobreza alimentaria el consumo no alimentario. Este último se puede aproximar a partir de la cantidad de este tipo de bienes seleccionada por aquellos que están en el grupo de referencia, fijando directamente una canasta de bienes o bien escalando la línea de pobreza alimentaria por un factor que permita la compra de bienes esenciales (Lanjouw, 1998; Thomas, 1980).

Desde el enfoque de Orshansky, la línea de pobreza total se obtiene a partir de calcular la razón entre la canasta alimentaria de costo mínimo y un estimador de la proporción del gasto alimentario en el gasto total (Asra & Santos-Francisco, 2001). Sin embargo, la forma más común de llevar a cabo el escalamiento es determinando el nivel medio de gasto total de aquellos hogares cuyos gastos alimenticios equivalen a la línea de pobreza. Este nivel de gasto se toma como la línea de pobreza total (Lanjouw, 1998). Ejemplos de líneas de pobreza que utilizan este enfoque en la determinación de canastas son: la línea de pobreza INEGI-Cepal (Minor & Aranda, 2014).

Una propuesta alternativa para definir el gasto no alimentario parte del hecho de que este tipo de gasto es esencial, pues los hogares deciden incurrir

en él aun cuando con su ingreso actual no alcanzan los requerimientos calóricos diarios establecidos en las tablas dietéticas. La propuesta es de Ravallion & Bidani (1994) y se basa en el gasto no alimentario de aquellos hogares cuyo gasto total es equivalente a la línea de pobreza alimentaria, luego esta proporción de gasto se adiciona a la línea de pobreza (Bidani & Ravallion, 1993; Lanjouw, 1998; Pradhan *et al.*, 2001).

Retomando las dos formas para calcular la línea de pobreza no alimentaria, discutidas en los párrafos anteriores, Ravallion (1998) sugiere considerar líneas de pobreza (totales) inferiores y superiores. La cota inferior se define como la línea de pobreza total que considera el consumo no alimentario de los hogares cuyo ingreso o gasto total equivale a la línea de pobreza alimentaria. Mientras que la cota superior equivale a la línea de pobreza calculada cuando el gasto no alimentario corresponde al de los hogares cuyo gasto alimentario es igual a la línea de pobreza alimentaria.

En la práctica cuando se hace el cálculo de las líneas de pobreza y no se encuentra un grupo cuyo gasto total y alimentario sea equivalente a la línea de pobreza alimentaria, este componente se obtiene mediante una curva de Engel (Bidani & Ravallion, 1993; Lanjouw, 1998; Pradhan *et al.*, 2001). En otras palabras, se estima un modelo econométrico del gasto alimentario como una función del gasto total y otras características del hogar; los coeficientes resultantes se usan para predecir el gasto no alimentario dado un nivel del gasto alimentario (Lanjouw, 1998). Otra posibilidad es usar un método no paramétrico donde el gasto no alimentario promedio se calcula a partir de datos obtenidos de encuestas para aquellos hogares cuyo gasto total o gasto alimentario se encuentra en pequeños intervalos alrededor de la línea de pobreza.

Siguiendo con la discusión sobre el método indirecto de la medición de la pobreza, se debe señalar que, acorde con la literatura, existen dos principios que permiten obtener líneas de pobreza significativas, es decir, que reflejen efectivamente la condición de pobreza: consistencia y especificidad. De acuerdo con Wodon (1997) la consistencia es la propiedad de las líneas de pobreza que las hace un instrumento comparable y útil para el diseño de intervenciones de política. En otras palabras, en una medición de pobreza consistente las líneas de pobreza de distintas regiones o subgrupos deben representar el mismo nivel de bienestar, lo que se reduce a que dos individuos

con un nivel similar de bienestar deberían ser igualmente pobres o no pobres (Asra & Santos-Francisco, 2001; Ravallion, 1998b).

Por su parte, la propiedad de especificidad implica que la línea de pobreza refleje características particulares del área de estudio tales como el patrón de vida, condición social, aspectos normativos, cultura (Asra & Santos-Francisco, 2001) y las percepciones locales respecto de lo que constituye la pobreza (Arndt & Simler, 2010; Bidani & Ravallion, 1993). En este sentido, las líneas de pobreza tienen un rol importante como índices de precios y del coste de la vida específicos para los distintos grupos que conforman una población, por lo que permiten comparaciones interpersonales del bienestar (Ravallion, 1998b).

Es importante mencionar que en el marco de la discusión sobre la metodología a utilizar para la medición de la pobreza, como señalan Bidani & Ravallion (1993), la decisión de medición depende o está en función del propósito del perfil de pobreza a construir; es decir, de si se busca reflejar las diferencias en los niveles de pobreza a través del tiempo o las diferencias y particularidades de un área de estudio. Como expone Ravallion (1998), para poder comparar los niveles de pobreza absoluta entre los distintos grupos de una población, se necesita que el parámetro de referencia para el estándar de vida esté fijo sobre el dominio espacio-temporal de interés; esto implica tomar una decisión respecto del grado de apego de la metodología de cálculo de la línea de pobreza a los principios de especificidad y consistencia.

La compaginación de ambos principios dentro de la construcción de las líneas de pobreza, hace referencia al debate entre Townsend y Sen sobre si la pobreza es un fenómeno absoluto o relativo (Marivoet & De Herdt, 2015). Este debate encuentra un punto neutral en el enfoque de capacidades, el cual critica el enfoque de la maximización de la utilidad bajo restricciones, argumentando que son las “capacidades” para convertir el ingreso en funcionalidades (Alkire & Santos, 2013b) las que determinan el nivel de vida de un individuo y no los bienes que posea ni la utilidad derivada de estos, pues esta última es una noción subjetiva.

En otras palabras, desde el enfoque de capacidades son las facultades para actuar que derivan de la posesión de un objeto lo que determina el nivel de vida (Feres & Mancero, 2001), pues aún si se dispone de diversos recursos, estos generan capacidades a distintos niveles entre diferentes

individuos (Alkire & Santos, 2013b). Para vencer las dificultades teóricas planteadas desde el enfoque de “capacidades” a la utilización de líneas de pobreza, Ravallion (1998) propone expresar la utilidad como una función de las “capacidades”.

En consecuencia, el enfoque de capacidades se interpretaría “como un paso intermedio que conecta la utilidad con el consumo de bienes, y no es necesariamente opuesto al uso del consumo en la medición del bienestar” (Feres & Mancero, 2001, p. 49). Bajo este enfoque, que una línea de pobreza sea tanto consistente como específica presume que se mantiene un vector de “funcionalidades” constante mientras que se determinan los valores de mercado de las canastas correspondientes (Marivoet & De Herdt, 2015).

Limitaciones líneas de pobreza

La revisión de literatura permitió identificar limitantes a los alcances de las metodologías para la construcción de las líneas de pobreza mencionadas en este texto. En esta sección se presentan las más relevantes respecto a los dos principales métodos identificados: Enfoque de Consumo Calórico (ECC) y Costo de las Necesidades Básicas (CNB). Se toma como base el trabajo de Marivoet & De Herdt (2015) y se discuten las principales problemáticas que surgen en la construcción de las líneas, las cuales en gran medida se relacionan con el cumplimiento de los principios de consistencia y especificidad.

Desde Sen (1979) ya se señalaba a los problemas de identificación y de la determinación del grupo de referencia como los dos principales problemas en la construcción de líneas de pobreza. En particular, desde el enfoque de capacidades el problema de identificación se refiere a la traslación de funcionalidades en sus equivalentes monetarios, para esto se requiere expresar las funcionalidades a través de la canasta de recursos y comodidades típicas de un contexto particular (Marivoet & De Herdt, 2015). En este sentido, el problema surge de la heterogeneidad en el mercado y en el consumo de bienes, donde en un contexto de alta diversidad de elecciones se dificulta diferenciar las necesidades de los individuos.

En otras palabras, en la medición del consumo y los precios de los bienes se presentan problemas para determinar con exactitud los bienes consu-

midos, la cantidad consumida de estos, sus especificaciones, su calidad e inclusive las posibles inconsistencias con los precios actuales. Esto dificulta establecer hasta qué grado el supuesto de la preferencia revelada representa correctamente las necesidades existentes (Marivoet & De Herdt, 2015).

En particular, si los precios que los individuos enfrentan son heterogéneos, los umbrales de pobreza serán solo específicos a ciertos grupos (Sen, 1979), argumento que se extiende también para el caso en que las preferencias de consumo son diferenciadas. Así, la percepción de las necesidades mínimas necesarias depende de las circunstancias del grupo de referencia, que pueden estar fuertemente influenciadas por la comunidad de pertenencia y por ende dificultar el cumplimiento del principio de consistencia de las líneas de pobreza.

Por su parte, el problema de referenciación se relaciona con la determinación de una lista de funcionalidades básicas y los correspondientes límites de referencia por debajo de los cuales un individuo se clasifica como pobre (Marivoet & De Herdt, 2015). En la literatura esto se resuelve fijando un grupo poblacional de referencia, sin embargo la ausencia de patrones de consumo uniforme dificulta encontrar el nivel en el cual el consumidor típico satisface sus necesidades mínimas (Sen, 1979). Esto último impacta en la determinación de los niveles de pobreza ya que como se expuso con anterioridad, métodos como el de CNB utilizan el consumo de un grupo de referencia para determinar la composición de la canasta alimentaria, que a su vez da lugar a la línea de pobreza.

En este sentido existen disyuntivas en la literatura sobre la elección del grupo de referencia: ¿Se debe considerar al consumidor medio, el consumidor mediano? ¿Qué percentil es representativo, el décimo o el veinteavo? La práctica común ha sido tomar el ingreso de las poblaciones en los deciles de menores ingresos; sin embargo, este enfoque podría no considerar las diferencias en la composición regional de los patrones de consumo y dieta de los diferentes individuos (Ravallion & Bidani, 1994).

Una vez fijado el nivel de referencia a partir del cual la población se clasifica como pobre o no pobre, surgen otros factores que complejizan la caracterización de los hogares en el punto de corte. Si se construye una línea de pobreza anclada al gasto alimentario necesario para cubrir un requerimiento nutricional determinado, adicionando un porcentaje de gasto correspon-

diente al consumo no alimentario, restan por determinar características como qué conjunto de bienes se debe considerar al interior de la canasta alimentaria, cuál es el nivel adecuado del consumo no alimentario (estos dos últimos relacionados con el problema de identificación), y cuál es el nivel nutricional adecuado a considerar (Pradhan *et al.*, 2001).

En particular, en cuanto a las dificultades para determinar cuáles son los requerimientos mínimos de ingesta calórica que representan una alimentación adecuada, estudios sobre inseguridad alimentaria encuentran una relación débil entre aporte calórico y diversidad en la dieta (Marivoet & De Herdt, 2015). Como consecuencia, cuando se aproxima el nivel nutricional a través del aporte calórico, las líneas de pobreza podrían resultar inconsistentes pues la característica de tener una dieta adecuada podría no cumplirse entre diversos estratos de la población (Marivoet & De Herdt, 2015).

Por ejemplo, bajo el ECC toda vez que se ha construido una medida del consumo del hogar se debe ajustar esta medida a las diferencias en la composición de este y sus niveles de actividad, de no hacerlo, la medida del consumo total en el hogar puede sobrerrepresentar el nivel de bienestar de sus integrantes. Por esta razón se utiliza el consumo per cápita, aun cuando su uso podría ignorar efectos como las economías de escala en el consumo y los beneficios del consumo conjunto (Glewwe & van der Gaag, 1990).

Una forma para corregir los efectos del tamaño del hogar es a través del uso de escalas de equivalencia, las cuales otorgan pesos específicos a los miembros del hogar; por ejemplo, basándose en su ocupación, edad o por número de miembros adicionales en el hogar (Lanjouw, 1998). Igualmente, otra alternativa es fijar un nivel calórico específico para distintos sectores, como el urbano y el rural, de tal forma que reflejen adecuadamente el consumo energético de la población trabajadora (Marivoet & De Herdt, 2015).

A pesar de la posibilidad de realizar los ajustes mencionados en el párrafo previo, para autores como Ravallion (1998), métodos como el ECC conducen a líneas de pobreza inconsistentes ya que la relación entre el consumo calórico alimentario y el ingreso o gasto, al nivel en que se determina el consumo calórico necesario, cambia en función de factores más allá de las diferencias en el costo de vida. Es decir, refleja preferencias reveladas relativas a las condiciones del mercado en que se opera, y el consumo calórico se ve

influenciado por factores tales como gustos, nivel de actividad, disponibilidad de bienes sustitutos, así como de bienes públicos entre otros.

Por otra parte, la presencia de bienes públicos entre estratos poblacionales puede generar efectos diferenciados en las decisiones de consumo de los individuos (Marivoet & De Herdt, 2015). Por ejemplo, individuos en un estrato con mayor acceso a servicios de salud podrían preferir dietas con mayor diversidad y riqueza en calorías respecto de sus contrapartes con menor acceso a información nutricional, lo que podría dar lugar a un problema de inconsistencia en las líneas de pobreza. Otro ejemplo de los factores mencionados, es el caso de los productores de subsistencia de las zonas rurales de México, quienes por cuestiones religiosas, culturales y culinarias prefieren consumir el maíz que producen a pesar de enfrentar un precio superior al del mercado (Hernández-Solano *et al.*, 2023).

Por último, la posibilidad de sustituir bienes plantea una disyuntiva respecto al consumo de estos y la composición de las canastas alimentarias y no alimentarias. Si se determina el nivel de consumo no alimentario a partir de una proporción específica del consumo alimentario, y existe la posibilidad de sustituir los bienes que satisfacen ciertas necesidades dados precios relativos sustancialmente diferentes, entonces canastas con características particulares pueden conducir a un mismo nivel de bienestar, por ende, dificultando la consistencia entre distintas líneas de pobreza (Marivoet & De Herdt, 2015).

Las problemáticas mencionadas surgen de las dificultades para dar cumplimiento a los principios de especificidad y consistencia de las líneas de pobreza. En la práctica, en la literatura se habla del grado en que los métodos utilizados para el cálculo de líneas de pobreza se adhieren a uno de estos. En consecuencia, dependiendo del objetivo de la investigación, uno de los principios es relajado con el fin de alcanzar el otro, y en general el principio de consistencia se ha preferido pues gran parte de los análisis busca hacer comparaciones de bienestar (Asra & Santos-Francisco, 2001; Marivoet & De Herdt, 2015).

Sin embargo, algunos autores como Thorbecke (2004) abogan por una mayor atención al principio de especificidad. El autor expresa que, para comparaciones a largo plazo y debido a la introducción de nuevos tipos de bienes, se debería de asignar un mayor peso al principio de especificidad

aun cuando dificulte las comparaciones; ya que es difícil defender que las líneas de pobreza de un dólar al día o dos son representativas de los requerimientos humanos reales.

Enfoque regional en la medición de la pobreza

Comparar el nivel de bienestar entre distintos grupos, regiones o países forma una parte esencial de la economía del bienestar (Marivoet & De Herdt, 2015). Tradicionalmente la literatura sobre líneas de pobreza se ha enfocado en un marco espacio-temporal específico que generalmente corresponde al nivel nacional (por ejemplo, la determinación de líneas de pobreza absoluta), sin prestar mayor consideración a factores como la heterogeneidad en el poder adquisitivo y en las necesidades al interior de distintas áreas geográficas.

En este sentido, se ha dejado de lado el componente espacial de las necesidades sociales, aun cuando el cambio en los niveles de vida a nivel regional y temporal, derivado del comportamiento de los precios o de las preferencias de los individuos, puede dar lugar a distorsiones en las mediciones de pobreza (Mogstad *et al.*, 2007b). Diversos autores concuerdan en que los métodos utilizados para la medición de la pobreza pueden incidir de manera significativa en los perfiles obtenidos, además de tener implicaciones importantes para el diseño de políticas y programas en el combate a la pobreza (Ayala *et al.*, 2014; Kakwani, 2010b; Thomas, 1980).

Minor & Aranda (2014) realizaron un ejercicio previo de construcción de canastas básicas regionales para la medición de la pobreza en México. En este ejercicio, los autores destacan que el uso de canastas básicas por región permite identificar las variaciones de precios en el tiempo, el peso que tienen ciertos productos en el consumo y los diferenciales de precios en cada región, de esta forma mejorando las medidas de pobreza. Sin embargo, este ajuste conlleva una reducción en los niveles de pobreza, así como en su distribución geográfica.

La literatura refleja que la pregunta a la que se busca dar solución es si la divergencia en los hábitos de consumo entre regiones se debe a diferencias en las preferencias de los hogares o bien a distintos niveles de riqueza.

A partir de esta discusión, se identifican dos enfoques principales para incorporar la dimensión espacial en la construcción de las líneas de pobreza. La primera se concentra en la adecuación de las diferencias en precios regionales por medio de índices de precios específicos a cada localidad (incluyendo el uso de índices de paridad de poder de compra), mientras que la segunda busca integrar las preferencias de los individuos en canastas regionales en línea con la demanda local.

En cuanto al ajuste por los diferenciales de precios regionales, este puede tener efectos directos sobre la tasa de pobreza, su incidencia, intensidad y composición (Ayala *et al.*, 2014; Thomas, 1980). En particular, en la literatura se argumenta que utilizar una línea de pobreza nominal fija en un país diverso podría resultar en pérdidas de equidad importantes ya que hogares con un mismo nivel de ingresos y que enfrentan distintos niveles de precios serían clasificados como pobres o no pobres bajo un mismo criterio (Ayala *et al.*, 2014; Kakwani, 2003; Minor & Aranda, 2014; Ravallion & Bidani, 1994; Wodon, 1999).

Autores como Ayala *et al.* (2014) se basan en las conclusiones del modelo de Balassa-Samuelson para explicar que las regiones de menores ingresos al interior de un país enfrentan menores precios, cuando existen restricciones a la movilidad en el espacio. Por lo que puede ocurrir que, al considerar los efectos de las características regionales, áreas con mayores ingresos presenten niveles de pobreza por encima de sus contrapartes que tradicionalmente se han considerado más pobres, lo cual conllevaría a errores de asignación relevantes en términos de recursos públicos (Ayala *et al.*, 2014; Kakwani, 2010b).

En este sentido, utilizar estándares locales relativos permite capturar las variaciones en el costo de vida, las diferencias en el consumo y en las posibilidades de consumo (Ayala *et al.*, 2014). Y en contraste con el estándar de pobreza relativa a nivel nacional, la construcción de líneas de pobreza regionales permite estimar la pobreza interregional por medio de las diferencias espaciales de precios.

Por otra parte, el enfoque de estimación de canastas regionales responde a la necesidad de integrar la heterogeneidad regional al interior de las canastas de bienes consumidos. En este respecto la literatura identifica la necesidad de construir un perfil de la pobreza que considere diferencias

regionales, incluyendo la noción de un conjunto de precios basado en una canasta de bienes de mayor amplitud que sea representativa de las compras de los consumidores en áreas geográficas distintas, con el objeto de llevar a cabo comparaciones intrarregionales (Ayala *et al.*, 2014).

Los argumentos se fundamentan en el hecho de que usar una sola canasta básica para representar a un grupo heterogéneo, puede conllevar problemáticas para la correcta identificación de los individuos cuyo ingreso es insuficiente para satisfacer sus necesidades básicas (Minor & Aranda, 2014). Inclusive si los precios de los bienes básicos varían por región (o en el tiempo) y las preferencias permiten la sustitución de bienes, usar una única canasta básica podría dar pie a comparaciones inconsistentes; específicamente en lo que refiere al enfoque del Costo de las Necesidades Básicas (o CNB) (Tarp *et al.*, 2002).

En particular, la estimación de canastas básicas regionales se enfoca en la satisfacción del principio de especificidad, ya que se integran diferencias en aspectos sociales, económicos, culturales así como respecto al peso del consumo en las diferentes regiones (Minor & Aranda, 2014). Por ello, si bien el óptimo es encontrar un equilibrio entre la incorporación de precios regionales y la construcción de líneas basadas en canastas regionales; realizar esta tarea implica encontrar un balance entre las propiedades de “consistencia” y “especificidad” de las líneas de pobreza. Y como se discutió anteriormente, construir canastas acordes a las preferencias regionales puede ocasionar problemas de consistencia en la medición al hacer incomparables las medidas de pobreza entre regiones, por otra parte, medir la pobreza sin considerar características distintivas entre grupos o regiones puede resultar en indicadores poco representativos, es decir que no cumplan con la especificidad.

En general las necesidades individuales, los gustos y preferencias, los precios, así como la calidad de los bienes y servicios varían de una región a otra y es difícil definir una canasta de bienes y servicios que sea apropiada para todo un país o bien sustentar que tal canasta provee el mismo nivel de utilidad (Thomas, 1980). Por lo que la literatura se concentra en determinar la forma en abordar la problemática espacial.

A continuación, se presentan los trabajos revisados para cada uno de los enfoques mencionados y tras lo cual se presenta una discusión sobre sus respectivas ventajas y limitaciones.

Precios regionales

Los trabajos bajo este enfoque parten de la idea de que, dadas las preferencias idénticas entre individuos y regiones, una canasta de bienes y servicios refleja un mismo nivel de utilidad y por ende de bienestar siempre que se ajuste por los diferenciales de precios espaciales. En este sentido, utilizar índices espaciales o regionales de precios al consumidor asegura la comparabilidad del bienestar, al controlar por las diferencias interregionales en el costo de alcanzar un cierto nivel de utilidad, ya que estos índices recogen las variaciones de precios que son relevantes para los pobres de cierta área geográfica específica.

La práctica convencional para estimar líneas de pobreza regionales es que una vez fijada la canasta de bienes que es consistente con los patrones de consumo entre los hogares de bajos ingresos de un país, se obtengan los precios promedio específicos por región de los bienes en esta canasta. Luego, para ajustar el ingreso o el gasto en consumo de los hogares o individuos y poder comparar estos con la línea de pobreza a nivel nacional se construyen índices regionales del costo de vida. Los índices regionales de costo de vida se obtienen de la siguiente forma: (1) se construye una línea de pobreza alimentaria a nivel nacional que se forma a partir de las ponderaciones poblacionales de las líneas alimentarias regionales y (2) se toma la proporción de cada línea alimentaria regional respecto de la línea alimentaria nacional (Lanjouw, 1998). Por tanto, estos índices representan la razón de la línea alimentaria regional en la línea de pobreza alimentaria nacional, es decir, la proporción del costo de vida de una región respecto del nivel nacional.

Dentro de los trabajos que proponen líneas de pobreza absoluta y que consideran las diferencias de precios a nivel regional, se encuentra el de Thomas (1980), quién construye líneas de pobreza específicas para cada región de Perú utilizando índices de precios al consumidor para diferentes localidades. Los índices para los bienes alimentarios se obtienen a partir de los precios por categoría de bien y se relativizan tomando los precios medios nacionales como referencia; ponderándolos de acuerdo con la importancia del bien en el presupuesto de consumo promedio nacional. Los precios no alimentarios se calculan a partir de diferencias en el gasto y se expresan como precios utilizando valores estimados para las elasticidades

ingreso y precio de la demanda alimentaria a nivel nacional. El autor utiliza una única canasta de bienes para todas las regiones, asumiendo que los bienes contemplados están ampliamente representados en el país y utiliza como grupo de referencia al percentil 20 de ingresos en la región de Sierra que es la región que concentra mayor pobreza en el país.

Por su parte Kakwani (2010) propone una metodología para construir líneas de pobreza, consistentes con un nivel de vida mínimo estándar por regiones y que refleja las diferencias en los costos de vida entre regiones así como en la composición demográfica de los hogares. Incorpora índices de precios regionales que se calculan a partir de los precios unitarios reportados en la encuesta de hogares de Pakistán y que permiten calcular el costo calórico real de los hogares multiplicando los requerimientos calóricos por el costo calórico nominal de cada región.

El trabajo de Kakwani (2010) calcula la proporción del consumo no alimentario, basándose en el consumo por encima de la línea de pobreza alimentaria, es decir de aquellos hogares o individuos cuyo gasto alimentario coincide con la línea mencionada. Considera que la propuesta de Ravallion (1998) de hacer este cálculo en el punto en que el gasto total del hogar es equivalente a línea de pobreza alimentaria no es consistente con la teoría de la utilidad. En este caso las líneas de pobreza alimentaria y no alimentaria corresponden a distintas curvas de utilidad.

Un trabajo que propone una metodología para obtener líneas de pobreza regionales desde el enfoque de pobreza relativa —como se adopta regularmente en países desarrollados, así como en estudios de la Comisión Europea, de la Eurostat y de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico— es el de Mogstad *et al.* (2007). Los autores realizan una clasificación de los municipios de Noruega por región y precios de los bienes; en particular se basan en el costo promedio de la vivienda para dividir a las municipalidades en cuartiles y de esta forma establecer 3 grupos: bajo costo de vivienda (1er cuartil), costo medio de la vivienda (2do y 3er cuartiles) y alto costo de la vivienda (4to cuartil). Una vez hecho esto, combinan las categorías de precios con siete regiones de tal forma que obtienen 21 grupos precio-región. A partir de esta clasificación derivan líneas de pobreza regionales que se determinan como una fracción (50%) del ingreso mediano de cada grupo precio-región. Al utilizar los precios de la vivienda para me-

dir la sensibilidad de los niveles de pobreza al uso de líneas de pobreza a nivel local, concluyen que tanto la distribución geográfica como demográfica de la pobreza es altamente sensible al método utilizado.

En la misma línea, una vertiente de la literatura, principalmente en los Estados Unidos de América (EUA), considera el costo de la vivienda como variable clave para ajustar por las disparidades regionales en el ingreso. De acuerdo con el Panel sobre Pobreza y Asistencia a las Familias de la Academia Nacional de Estados Unidos, la mejor aproximación a los niveles de precios locales se puede realizar a través de los precios de la vivienda (National Research Council *et al.*, 1995).

En este sentido, el gobierno de los Estados Unidos generó un índice experimental que utiliza la Renta de Mercado Justa (RMJ) para ajustar por las diferencias geográficas en el costo de vida (Jolliffe, 2006). El índice fue construido por Short (2001) y se conforma de un componente para la vivienda y otro para el resto de los bienes y servicios; asignando una ponderación de 44 por ciento al costo de la vivienda.

Este índice parte de la premisa de que el costo de la vivienda es el componente más importante de las diferencias interregionales en el costo de vida, por lo que la variación en la RMJ refleja el cambio en los precios de la vivienda para los hogares de menores ingresos y se asume que los precios del resto de los bienes no cambian. Además este índice es ajustado para asegurar que las estimaciones de pobreza coincidan con su contraparte a nivel nacional, estimadas bajo métodos que no consideran diferencias regionales, por lo que cualquier desviación de la media nacional se explica por las diferencias de precios (Jolliffe, 2006).

Jolliffe (2006) utiliza un índice de RMJ para controlar por las diferencias geográficas en el costo de vida en EUA. Una vez hecho esto compara los datos obtenidos utilizando medidas de pobreza que pertenecen a la familia Foster-Greer-Thorbecke: intensidad, severidad y profundidad. Estudia también la correlación entre los precios de la vivienda y los precios de otros bienes, lo cual de acuerdo con el autor amplía la variación espacial en precios.

Bajo el mismo enfoque, Renwick (2009) estima el impacto sobre las tasas de pobreza regional al controlar por la variación de precios utilizando tres índices, dos de los cuales se basan en medidas de la variación en el costo de la vivienda (RMJ y renta mediana bruta). Moretti (2010) calcula un

índice de precios al consumidor que considera la variación de los costos de la vivienda en diferentes zonas metropolitanas. El índice se define como la suma ponderada de los costos locales de la vivienda, basándose en la renta promedio de cada zona metropolitana, y el consumo no asociado a los gastos de vivienda. Por último, Jefferson *et al.* (2012) construyen un índice de precios para los costos de la vivienda, utilizando regresiones hedónicas.

Cómo lo señala Asra & Santos-Francisco (2001), existen varios ejemplos de países que han hecho uso de metodologías que incorporan precios regionales. A continuación, recopilamos las mencionadas por dicho autor. En India se ha usado el Enfoque de Consumo Calórico para determinar las líneas de pobreza rurales y urbanas, utilizando precios espaciales rurales y urbanos para calcular líneas de pobreza específicas para los distintos estados. Nepal utilizó el método del Costo de las Necesidades Básicas, con los deciles de ingresos 2-5 como grupo de referencia y ajustando los precios de los bienes en la canasta alimentaria por los precios promedio prevalecientes en cada una de las áreas de estudio. Además, se utilizó un índice regional del costo de vida para 1995/1996, con los precios en cada región, para expresar el gasto per cápita en precios base (Asra & Santos-Francisco, 2001).

Por otra parte, en Tailandia se utiliza una metodología que considera distintas necesidades calóricas entre hogares (en función de características como la edad y el sexo entre otras) así como diferencias de precios entre regiones, por medio de índices de precios espaciales. En Vietnam se han calculado tasas de pobreza regional, ajustando el gasto con índices de costos de vida regionales. Se toman en cuenta los cambios en los precios y cambios en el costo de vida, manteniendo los mismos estándares para el consumo de bienes (Asra & Santos-Francisco, 2001).

Existen coincidencias en los resultados de la literatura sobre los efectos de los diferenciales de precios en la redistribución de la pobreza. Los trabajos presentados encuentran que la corrección de precios regionales genera mayores niveles de pobreza en las áreas rurales y una disminución de estos en las zonas urbanas (Mogstad *et al.*, 2007b; Thomas, 1980).

Sin embargo, en otros trabajos al ajustar las tasas de pobreza por las diferencias en el costo de vida, se registra una reversión en los patrones de pobreza a nivel metropolitano y no metropolitano (Jolliffe, 2006). En particular, la pobreza es más elevada en áreas metropolitanas cuando se utilizan líneas de

pobreza por región ajustadas por los precios de la vivienda. Estos resultados coinciden con lo reportado por Jefferson *et al.* (2012), ya que encuentran que al controlar por las variaciones en precios regionales se incrementa la tasa de pobreza para los grupos poblacionales que viven en áreas de mayores costos.

Los resultados mixtos, así como el hallazgo de reversiones en los patrones de pobreza llevan a una parte de la literatura a considerar la necesidad de obtener una medida más precisa de la diferencia en los costos y patrones espaciales; ello a través del uso de canastas regionales específicas. Por ejemplo, en su trabajo Thomas (1980) sugiere como una mejora en su procedimiento utilizar las proporciones del gasto de cada región, en lugar de combinar los precios de diversos bienes en un solo índice. Sin embargo, antes de pasar al enfoque de canastas regionales, se tratará brevemente el tratamiento de precios regionales a través de paridades de compra.

Paridad de poder de compra

El uso de índices de poder de paridad de compra (PPC) se considera una metodología intermedia entre el enfoque nacional y el enfoque regional. Mientras que el primer enfoque utiliza la misma línea de pobreza para dos regiones distintas, conllevando a la noción implícita de que dos hogares con el mismo ingreso presentan niveles de bienestar equivalentes; el enfoque regional pone en el centro las diferencias en precios o canastas diferenciadas para la medición de la pobreza. Utilizar índices de PPC representa un punto medio ya que se conserva la línea de pobreza a nivel nacional, ajustándola por una medida de los precios en cada país o región (Ayala *et al.*, 2014).

Dentro de la literatura que utiliza índices de PPC, Coondoo *et al.* (2004) estiman diferenciales de precio a nivel regional para bienes de consumo y las diferencias entre los precios pagados por los pobres y los hogares no pobres, tanto en zonas urbanas como rurales de India. Los autores encuentran que, en las zonas urbanas y rurales del Sur del país, así como del oeste, los hogares con menores recursos suelen pagar precios más altos en comparación con hogares por encima de la línea de pobreza. Por su parte Aten & Menezes (2002) utilizan métodos de ajuste para los niveles de pobreza usando índices de PPC, estimándolos para diferentes grupos de ingreso en 11 ciudades de Brasil; sus resultados muestran que para algunas ciudades

los niveles de precios para los grupos de menores ingresos se encontraban por encima del promedio nacional.

Por su parte, Ayala *et al.* (2014) analizan el impacto en el nivel de sensibilidad de las medidas de pobreza (incidencia e intensidad), ante ajustes de la línea de pobreza nacional por las diferencias espaciales en precios. Tales ajustes los realizan mediante el uso de paridades de poder de compra por región. El trabajo considera cuatro líneas de pobreza distintas: (1) Línea de pobreza relativa a nivel nacional; (2) Aquellas estimadas empleando las diferentes regiones como grupo de referencia en el cálculo de umbrales relativos de pobreza; (3) Líneas de pobreza regional ajustando por paridad de poder de compra; (4) Líneas en las que se adicionan los costos de la vivienda e ingresos imputados.

Utilizan modelos logísticos para determinar la probabilidad de estar en condición de pobreza, para cada una de las líneas estimadas, y de esta forma mostrar los cambios en los patrones de pobreza y en su distribución geográfica. Encuentran que los perfiles de pobreza varían con el uso de distintas líneas y que los efectos de reclasificación son más relevantes que los efectos de reducción de la brecha. Adicionalmente, al realizar estimaciones del índice de Gini sobre la distribución de la pobreza, encuentran que la desigualdad disminuye cuando se aplica el enfoque regional.

En Estados Unidos, Renwick (2009) considera medidas alternativas para fijar umbrales de pobreza utilizando información del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano sobre las rentas de mercado y los índices de paridad de poder de compra regional (PPCR) publicados por el Departamento de Análisis Económico. Dentro de sus resultados, se obtiene que utilizar los índices de PPCR en lugar de la renta de mercado como indicador de precios genera diferencias significativas en las tasas de pobreza a nivel estatal, 14 estados presentaron mayores índices de pobreza mientras que en otros 35 disminuyeron los niveles de pobreza.

Canastas regionales

Dentro de los dos principales enfoques que hemos revisado para la medición de la pobreza (ECC y CNB), un aspecto fundamental es el de responder a las

preguntas asociadas con el consumo que corresponde a un cierto nivel nutricional mínimo o el ingreso suficiente para adquirir una canasta de bienes específica. El primero se refiere a un aspecto normativo pues concierne al establecimiento de contenidos nutricionales de acuerdo a los requerimientos de los individuos considerados (Minor & Aranda, 2014). El segundo, se avoca a la parte observada en la determinación de estas canastas, ya que busca definir el tipo de alimentos asequibles para un grupo de población, acorde a determinantes histórico-sociales, económicos, temporales y a las preferencias individuales (Minor & Aranda, 2014). De esta forma, las canastas funcionan como un parámetro contra el cual se puede comparar el consumo, gasto o ingreso de los hogares o personas de alguna región o grupo en un determinado punto en el tiempo (Minor & Aranda, 2014).

Hay acuerdo en la literatura sobre el hecho que ante variaciones regionales de los precios relativos o de las preferencias, la comparabilidad de los niveles de bienestar entre regiones es difícil y los métodos que utilizan una única canasta pueden generar comparaciones inconsistentes (Tarp *et al.*, 2002). En palabras de Arndt & Simler (2007), cuando los precios relativos varían en el espacio o en el tiempo, el vínculo entre el costo de una canasta y el nivel de bienestar se deteriora.

Por lo que la construcción de líneas de pobreza, debería implicar la selección de canastas de bienes específicas a un área geográfica; reflejando la disponibilidad de bienes, así como las preferencias reveladas de los individuos en la región o localidad. Para dar respuesta a la problemática de la heterogeneidad regional, una parte de la literatura reconcilia este tipo de canastas, así como precios regionales al usar líneas de pobreza por CNB (Datt & Jolliffe, 2005; Gibson & Rozelle, 2003; Mukherjee & Benson, 2003; Ravallion & Lokshin, 2006; Tarp *et al.*, 2002).

El mayor problema para la selección de los bienes que conforman estas canastas concierne al conflicto entre comparabilidad y representatividad. Bienes que son representativos a nivel regional pueden no ser comparables y bienes comparables pueden no ser representativos, por lo que se da lugar a una dicotomía en la que o no es complicado llevar a cabo una comparación o bien dada la falta de representatividad los resultados no son confiables.

Uno de los trabajos pioneros en el área es el de Bidani & Ravallion (1993), donde se genera un perfil regional de la pobreza en Indonesia, asegu-

rando que las líneas de pobreza por región reflejen el mismo poder de compra. En este trabajo se valúa la canasta alimentaria de acuerdo con los precios prevalecientes a nivel rural y urbano, y se establece una línea de pobreza alimentaria para cada región, por lo que la línea de pobreza representa un índice de precios de Laspeyres para los alimentos. Se adiciona una canasta no alimentaria específica a cada región, que se obtiene a partir de una curva de Engel. En su análisis los autores concluyen que el no considerar los diferenciales de precios a nivel regional conlleva a una sobreestimación de la pobreza agregada y también de la brecha de pobreza.

Wodon (1999) calcula un conjunto de líneas de pobreza regionales para Bangladesh siguiendo a Ravallion & Bidani (1994), separando por sectores urbano y rural, y estableciendo un intervalo inferior y superior para la cantidad de consumo no alimentario de estas líneas. En este sentido, la diferencia entre líneas de pobreza radica en los diferentes niveles asignados al consumo no alimentario. Se utiliza una descomposición del índice de Gini para evaluar en qué medida las diferencias en las medidas de pobreza se explican ya sea por la reducción en la brecha de pobreza o por las variaciones en la clasificación de los niveles de pobreza a nivel regional.

En un análisis para el caso de Uganda, Appleton (2003) considera una metodología para el establecimiento de líneas de pobreza a nivel regional que ajuste por los diferenciales de ingreso. Toma la canasta alimentaria promedio del 50% de los ciudadanos más pobres (ordenados por consumo real por adulto) y la dieta promedio por región. Se enfoca en las diferencias regionales del consumo de 6 productos que representan el 80% del consumo calórico de los hogares más pobres y para los cuales predice la cantidad consumida usando regresiones Tobit. Este consumo se escala para alcanzar el 80% del consumo calórico establecido por la Organización Mundial de la Salud (OMS), mientras que el 20% restante se asocia a otros productos alimenticios, como se establece en la línea de pobreza nacional y se asignan cantidades iguales para cada región. Es importante destacar que el autor corrige las diferencias en las canastas alimentarias asociadas al nivel de ingreso, tomando como referencia la canasta promedio de los hogares más pobres para asegurar la comparabilidad entre regiones.

Un trabajo que incorpora diferencias en precios y canastas regionales es el de Datt & Jolliffe (2005), donde los autores realizan una modelación

multivariada de los determinantes de la pobreza en Egipto. Calculan los determinantes del consumo per cápita a nivel hogar, para con estos definir líneas de pobreza bajo la metodología del CNB para cinco regiones; el nivel de pobreza se define en términos del nivel de consumo, es decir calculando la probabilidad de ser pobre dado el anterior. Las diferencias entre las líneas reflejan las variaciones de precios e incorporan diferencias regionales en el tamaño, edad y patrones de consumo de los hogares de menores ingresos. En consecuencia, construyen un índice espacial de costo de vida que se define como la razón de la línea de pobreza regional y de la línea regional de pobreza de referencia (en este caso la región metropolitana).

En la misma línea Minor & Aranda (2014) proponen una metodología para introducir canastas regionales a la medición de la pobreza en México. Se basan en cuatro regiones a partir de las cinco mesoregiones establecidas por el INEGI (conjuntando las regiones noroeste y noreste en una sola). Para la determinación de la canasta básica alimentaria utilizan la metodología de Coneval (2012) y dividen el análisis en dos partes: el consumo dentro y fuera del hogar. Adicionalmente, seleccionan un estrato poblacional de referencia (EPR) para cada región del país, con este se construyen las canastas básicas alimentarias a partir de la estructura de consumo dentro de cada región. Para estimar el valor monetario de cada canasta, suman el producto del precio implícito (media geométrica de los precios reportados por el total de los hogares en cada región) por la cantidad consumida de cada alimento. Por último, utilizando los índices de precios disponibles para ciudades de todas las entidades federativas se construye un índice de precios para cada región, de tal suerte que se considera la variación de precios interregional y se puede actualizar en el tiempo el valor de las líneas de pobreza. Los autores concluyen que considerar las diferencias regionales de los patrones de consumo y precios lleva a estimaciones de incidencias distintas, pero acordes a las condiciones locales de cada región (Minor & Aranda, 2014).

En virtud de la discusión sobre la consistencia y especificidad de las líneas de pobreza en la literatura, surge la inquietud sobre la garantía de consistencia bajo el principio de utilidad de los trabajos de canastas regionales. Es posible que se viole la premisa de que las líneas de pobreza representen el mismo nivel de bienestar (Arndt & Simler, 2010). Para dar solución

a la problemática diversos autores proponen la aplicación de pruebas sobre la preferencia revelada: Gibson & Rozelle (2010) en Papua Nueva Guinea, Arndt & Simler (2010) en Egipto y Mozambique, y Ravallion & Lokshin (2006) en Rusia.

En un trabajo que busca estudiar la relación entre el acceso a infraestructura y la reducción de los niveles de pobreza en Papua Nueva Guinea, Gibson & Rozelle (2003) proponen líneas de pobreza regionales basándose en el trabajo de Datt & Jolliffe (2005). Construyen canastas alimentarias con bienes de consumo local equivalentes a 2 200 calorías al día, que se forman a partir de los presupuestos alimentarios de los hogares que viven debajo de un mismo nivel de gasto real por adulto en lugar de respecto un percentil de la distribución de ingresos dada. Para el consumo no alimentario se obtuvo el valor típico de este gasto en los hogares cuyo gasto total equivale a la línea de pobreza alimentaria siguiendo a Ravallion & Bidani (1994).

Concluyen que la capacidad de los resultados de su medición para aportar a la correcta asignación de apoyos hacia los pobres en Papua Nueva Guinea, tiene un alcance limitado pues la mayor parte de los pobres se ubican en zonas rurales remotas y no están involucrados en actividades económicas formales. Por lo que la implementación y asignación de beneficios sociales específicos es compleja.

Ravallion & Lokshin (2006) proponen una metodología para evaluar la consistencia de las líneas de pobreza con la teoría de la utilidad, haciendo uso de datos subjetivos sobre autoevaluaciones del bienestar para comprobar esta consistencia entre grupos con distintas necesidades. Los autores evalúan el caso de Rusia, para lo cual construyen canastas regionales específicas, considerando además un factor demográfico. Encuentran una serie de violaciones al criterio de la preferencia revelada que no corresponden a la heterogeneidad considerada en la documentación oficial sobre la construcción de canastas ni a la autopercepción del bienestar de los distintos grupos sociales contemplados, es decir, que no se explican por diferencias entre las canastas regionales. Por lo que concluyen que las líneas de pobreza regional en Rusia no son consistentes en utilidad.

En este respecto, como lo mencionan Arndt & Simler (2007), los trabajos se han caracterizado por sus fallas en el cumplimiento de las condiciones de la preferencia revelada. En respuesta, estos autores proponen un método

que permite generar canastas de pobreza múltiples, consistentes con utilidad y que reflejen los patrones de consumo de los pobres en cada región.

Su propuesta se basa en una función de entropía cruzada sujeta al criterio de la preferencia revelada. El método se resume a un problema de optimización que busca encontrar, para cada región, vectores de cantidades que satisfagan la preferencia revelada, cumplan con el consumo calórico necesario, y preserven en la medida de lo posible la información contenida en las proporciones del presupuesto originales. Adicionalmente extienden el análisis al considerar que la línea de pobreza se comporta como una variable aleatoria (Arndt & Simler, 2007).

Por otro lado, utilizando un enfoque basado en la teoría de la información (máxima entropía), Arndt & Simler (2010) estiman líneas de pobreza consistentes con utilidad. Siguiendo a Ravallion & Lokshin (2006) y Ravallion (1998) asumen que el hogar elige un vector de consumo que maximiza su utilidad dadas ciertas características y preferencias, y determinan una función de gastos de acuerdo con los vectores de precios, características y la utilidad.

Mediante la asociación de la utilidad y el gasto obtienen un conjunto de líneas de pobreza consistentes en utilidad. Cabe destacar que las canastas se construyen bajo el supuesto de requerimientos calóricos constantes, los cuales se escalan para mostrar diferencias en la composición geográfica y por tanto requerimientos calóricos por región.

En particular los autores construyen una matriz que representa las distintas canastas regionales y en las columnas registran sus precios; si encuentran que dados los precios de una región es posible adquirir la canasta alimentaria de otra región por un precio inferior y se prefiere la primera, entonces están ante un caso de inconsistencia de las preferencias frente a la utilidad.

Por su parte Marivoet & De Herdt (2015) proponen una metodología que basada en el ECC busca conciliar los principios de consistencia y especificidad. Modifican el proceso de construcción de las líneas de pobreza buscando incorporar el uso de cotas calóricas por sector de actividad incluyendo la introducción de un consumo proteico, además obtienen e incorporan el costo de la vivienda mediante una renta mínima que corresponde a zonas climáticas socio-específicas, y hacen una corrección para el consumo de lujo

y/o errático de los individuos a modo de obtener canastas austeras y representativas por estrato poblacional.

En la práctica, no son muchos los países que han hecho uso de metodologías que incorporan canastas regionales. Indonesia (1993) utilizó distintas canastas alimentarias y no alimentarias para cada provincia, tanto para los medios rural y urbano. En Filipinas usando el método del CNB, se calcularon canastas alimentarias regionales y se utilizaron precios promedio regionales para el cálculo de líneas urbanas y rurales. La línea de pobreza nacional se estimó como el promedio regional desagregado en urbano y rural, utilizando el tamaño de la población como ponderador (Asra & Santos-Francisco, 2001).

Por su parte en Bangladesh (1999) se calcularon líneas de pobreza rurales y urbanas para 21 regiones que capturan variaciones en la dieta y precios, utilizando el ECC con requerimientos calóricos per cápita distintos. No obstante, las metodologías utilizadas en los países antes citados han sido objeto de críticas al no cumplir con la propiedad de consistencia (Asra & Santos-Francisco, 2001).

Como parte de los resultados obtenidos en los trabajos mencionados, se observan cambios en los patrones de pobreza derivados de la incorporación del enfoque espacial. Sin embargo, los resultados son mixtos, algunos trabajos registran una disminución del porcentaje de la población con un ingreso menor a las líneas de bienestar mínimo (equivalentes al valor de la canasta alimentaria, o pobreza extrema por ingresos) (Minor & Aranda, 2014). Mientras que Chesher (1998) en Pradhan *et al.* (2001) encuentra que usar una canasta regional incrementa los extremos en la medida de pobreza, incrementando la pobreza en regiones con altos niveles de pobreza y haciendo lo contrario en regiones con menores niveles de pobreza.

Por su parte a nivel regional y/o sectorial, trabajos como el de Arndt & Simler (2007), Bidani & Ravallion (1993) y Gibson & Rozelle (2003) encuentran que los niveles de pobreza en los hogares rurales están por encima de estos niveles en los hogares urbanos. Mientras que autores como Appleton (2003) y Marivoet & De Herdt (2015) encuentran que la pobreza tiende a ser mayor en áreas urbanas en comparación con las rurales. En la comparación sectorial, Wodon (1999) encuentra que en las áreas de mayor costo se

observa un incremento en la pobreza mientras que las áreas de menores costos presentan una reducción.

En cuanto a la distribución de la pobreza, algunos trabajos registran una redistribución de esta por área geográfica. Para el caso de México, Minor & Aranda (2014) encuentran que los niveles de pobreza en la región Norte de México incrementan al utilizar un enfoque regional. Mientras que para Uganda, Appleton (2003) halla que los niveles de pobreza en el Oeste son superiores a los de la región Norte, la cual había sido identificada como la región más pobre bajo las metodologías tradicionales.

En conclusión, la literatura analizada coincide en señalar la importancia de cumplir con las propiedades de consistencia y especificidad en las líneas de pobreza, aunque también destaca la necesidad de alcanzar un equilibrio adecuado entre ambos principios.

Desafíos y debates del enfoque regional

Como se expuso anteriormente, el enfoque regional de líneas de pobreza presenta discrepancias en cuanto a los métodos a utilizar para captar las diferencias en las características regionales, así como a qué principio dar prioridad, si a la especificidad o a la consistencia (Asra & Santos-Francisco, 2001; Lanjouw, 1998; Marivoet & De Herdt, 2015). Una parte de la literatura considera que permitir la variación en precios y canastas dificulta la comparación dado que el nivel de bienestar no se mantiene constante entre regiones (Lanjouw, 1998), otra parte busca reconciliar metodologías que aseguren la comparabilidad entre líneas de pobreza, mientras que otros trabajos buscan evaluar los resultados de las distintas definiciones de pobreza (Glewwe & van der Gaag, 1990). A continuación, presentamos las limitaciones encontradas respecto al enfoque regional, así como algunas alternativas metodológicas propuestas para superarlas.

En cuanto al uso de precios regionales para controlar por variaciones e inflación, una primera dificultad es que las líneas de pobreza pueden perder su consistencia o comparabilidad intertemporal. En la práctica esto ocurre cuando se trae a valor presente una canasta de bienes y los estándares de vida no necesariamente se mantienen constantes en el tiempo. Igualmente, una

inadecuada determinación de los precios de los productos dificulta las comparaciones entre áreas geográficas.

Adicionalmente otras problemáticas que se discuten en la literatura sobre el uso de precios regionales son: la ausencia de índices de precios espaciales; las correcciones solamente para los precios de ciertos bienes; las complicaciones para determinar el índice de precios adecuado a utilizar; e inclusive, en el caso de los índices de PPC, la ausencia de datos de sección cruzada sobre las paridades de poder de compra a nivel regional (Ayala *et al.*, 2014; Bidani & Ravallion, 1993; Jolliffe, 2006; Lanjouw, 1998).

Las problemáticas mencionadas pueden conllevar reclasificaciones de la situación de pobreza que carezcan de un sustento adecuado. En este sentido Marivoet & De Herdt (2015) señalan que una corrección por la diversidad regional en precios debe basarse tanto en los costos de los bienes alimentarios como no alimentarios. Lo cual pone en juicio trabajos que utilizan la renta de mercado como indicador de costos de vida, tales como el trabajo de Jolliffe (2006), que al no considerar variaciones espaciales de otros bienes, a excepción de los costos residenciales, pueden subestimar la magnitud de las diferencias espaciales.

Otro aspecto a notar respecto de la forma de construir líneas de pobreza, es la existencia de discrepancias respecto a la determinación de la línea de consumo no alimentario. Si bien la propuesta de Ravallion (1998) y Ravallion & Bidani (1994) es fijar este indicador en el gasto no alimentario de aquellos hogares cuyo gasto total es equivalente a la línea de pobreza alimentaria, autores como Kakwani (2003, 2010) argumentan la inconsistencia en utilidad de este método. Ya que lo anterior conlleva a un cálculo inadecuado del nivel de bienestar de la población y por ende a poca claridad en la asignación de acciones de política pública.

Una tercera dificultad del enfoque regional es la necesidad de contar con datos sobre las proporciones del gasto que reflejen los patrones de consumo de los individuos de menores ingresos o pobres. Ya que aplicar una metodología a distintas regiones puede no garantizar que las líneas de pobreza obtenidas sean equivalentes, pues las diferencias en gustos y precios regionales pueden influenciar los resultados (Pradhan *et al.*, 2001).

En este sentido, Pradhan *et al.* (2001) buscan aportar mayores elementos para la determinación del grupo de referencia utilizado en la elaboración

de líneas de pobreza por el método de CNB. Los autores destacan que cuando se busca incluir los efectos de las variaciones regionales y temporales, en ausencia de una canasta de referencia, no es evidente que índice utilizar para calcular las diferencias de precios. Además, cuando la canasta alimentaria consumida, medida por el gasto monetario por caloría, está altamente influenciada por el nivel de gasto; la metodología estándar para determinar líneas de pobreza no es robusta a la elección arbitraria de un grupo de referencia. Por lo que proponen un método iterativo para fijar al grupo de referencia utilizado para determinar el nivel de consumo que define la línea de pobreza.

Adicionalmente, dados los cambios en el ritmo de vida actual y las adecuaciones en el consumo de los individuos ante dichos cambios, otra parte de la literatura busca incorporar al cálculo de las líneas de pobreza los patrones de consumo fuera del hogar (Minor & Aranda, 2014). Por ejemplo, en un estudio para Perú, autores como Farfán *et al.* (2017) encuentran que al incorporar el consumo fuera del hogar, las medidas de pobreza extrema y modera incrementan en 18 y 16 por ciento, respectivamente. Mientras que la desigualdad en el consumo disminuye, además de dar pie a reclasificaciones respecto al estatus de pobreza.

Por otra parte, en cuanto a propuestas alternativas a los métodos usados para el cálculo de líneas de pobreza absolutas, que como señalan Arndt & Simler (2007) asumen de manera tácita que la fuente del error estadístico en sus cálculos es la métrica de bienestar, se encuentran trabajos que proponen considerar a las líneas de pobreza como variables aleatorias. Ello considerando que, si los precios y preferencias varían tanto en el tiempo como en el espacio, entonces deben estimarse canastas que incorporen estos cambios. Lo anterior entra en contraste con los métodos tradicionales que consideran a la métrica de bienestar como una variable aleatoria mientras que las líneas de pobreza se toman como una constante.

En esta línea de pensamiento se encontraron trabajos que proponen solucionar las problemáticas asociadas con la correcta elección de líneas de pobreza, comparando las distribuciones del ingreso o del consumo. Se basan en el principio de dominancia estocástica para dar solución a las problemáticas planteadas por la selección del grupo de referencia y sus efectos sobre los indicadores de pobreza (Lanjouw, 1998). En un trabajo para Ecuador,

Lanjouw (1998) propone utilizar la dominancia estocástica de la distribución de la pobreza rural y urbana para concluir que la pobreza a nivel rural se encuentra siempre por arriba de su contraparte urbana, independientemente de la línea de pobreza calculada.

Por su parte Ravallion & Chen (2011) proponen un cambio en la forma de medición de la pobreza en los países en desarrollo, donde tradicionalmente se usan líneas de pobreza absolutas, e introducen líneas de pobreza débilmente relativas. Se asume que estas líneas cambian en el tiempo consistentemente con las variaciones de corte transversal entre países. Y el objetivo es encontrar un patrón sistemático en la media condicional de la línea de pobreza (que depende del consumo medio), tal que el gradiente de ingresos entre países sea muy bajo, pero que se incremente con el consumo medio.

Por último, es de vital importancia señalar y medir las consecuencias de política que la selección de las distintas líneas de pobreza tiene. En general, entre mayor sea el nivel en el que se fija la línea, mayores son los costos públicos necesarios para otorgar apoyos a la población en condiciones de pobreza (Lanjouw, 1998). En este sentido, como ya se ha discutido, la elección de la línea de pobreza es una función de los objetivos que se persiguen con la información sobre el nivel de bienestar de los individuos.

En particular, la introducción de las nociones de espacialidad y temporalidad en la determinación de estos niveles puede tener efectos de peso en la distribución de la riqueza en una región o país, como es el caso de lo observado en el trabajo de Jolliffe (2006). Como ya lo mencionamos, el autor expone una reversión de los niveles de pobreza pues encuentra que al usar el índice de RMJ (Renta de Mercado Justa), la prevalencia, profundidad y severidad de la pobreza entre 1994 y 2006 fue superior en las zonas metropolitanas comparado con las no metropolitanas. Sus estimaciones de pobreza ajustadas por precios, en las zonas no metropolitanas, están en promedio entre 10-25% por debajo de las zonas metropolitanas.

Sin embargo, de acuerdo con el autor, la mayoría de los beneficios sociales son asignados a los individuos de las áreas no metropolitanas donde tradicionalmente se habían reportado mayores niveles de pobreza. Continuando con el análisis, encuentra que la edad promedio de quienes tradicionalmente reciben beneficios de parte del gobierno se encuentra por encima

de la de los “nuevos” pobres y estos últimos tienden a estar estudiando mientras que los primeros están retirados (Jolliffe, 2006).

El cambio de los niveles de pobreza debido a la introducción de precios regionales, implicaría llevar a cabo una reasignación de los beneficios sociales. Lo anterior, plantea una disyuntiva sobre cuál es la asignación correcta de los beneficios para los ciudadanos en situación de pobreza, ya que sustraer los beneficios actuales podría tener efectos indeseados en el bienestar (Jolliffe, 2006).

En consecuencia, incorporar este tipo de consideraciones sigue siendo una tarea pendiente y de gran relevancia en los estudios sobre la aplicación de líneas de pobreza regionales. Ante cambios en los patrones de distribución de la pobreza, será necesario calcular el costo-beneficio de los efectos que tendría la materialización de estos en la forma de medición de la pobreza, así como aislar los efectos de los beneficios sociales en la distribución del ingreso.

Consideraciones finales

En este capítulo se realizó una revisión de la literatura sobre el enfoque regional en la medición de la pobreza, buscando dar un panorama general de los principales retos asociados a su estimación y utilización para el diseño de políticas públicas. Se analizaron las dos conceptualizaciones dominantes de la pobreza —el enfoque absoluto y el relativo—, así como los principales métodos empleados para su estimación, tanto directos como indirectos. Asimismo, se presentaron de manera sintética los cuatro abordajes metodológicos más relevantes para la construcción de líneas de pobreza —el costo de las necesidades básicas, el enfoque de consumo calórico, las líneas relativas y el método subjetivo—, resaltando sus diferencias esenciales y sus principales limitaciones.

Adicionalmente, se examinó la literatura que busca incorporar un enfoque regional a la construcción de líneas de pobreza. Esto permitió identificar un conjunto de trabajos que comparten el interés por integrar las diferencias existentes a nivel regional en el poder adquisitivo y/o en cuanto a preferencias y necesidades de los individuos, ello con el objetivo de proponer

la construcción de líneas de pobreza que reflejen efectivamente la condición de pobreza en circunstancias heterogéneas. De manera general, se identificaron dos vertientes: precios y canastas regionales.

El enfoque de precios regionales busca extender el análisis de la línea de pobreza nacional para incorporar las diferencias en el costo de vida de las distintas regiones de un país o bien entre distintos países. Se fundamenta en encontrar índices de precios y/o de poder de paridad de compra que permitan reflejar los costos de vida y en esa medida ajustar líneas de pobreza que los capturen. Por su parte, el enfoque de canastas busca incorporar las diferencias regionales en la composición de las canastas de consumo utilizadas para determinar la línea de pobreza, incluyendo en algunos casos también cambios en los precios.

Ambos enfoques tienen efectos sobre el análisis de política pública al incidir sobre la distribución de la pobreza, ello a través del parámetro que identifica a los grupos vulnerables, es decir, la línea de pobreza. Sin embargo, desde el punto de vista teórico-analítico, la forma en que influyen sobre las medidas de pobreza es distinta en los dos enfoques; mientras que el uso de precios regionales mantiene la consistencia de la línea de pobreza de forma interregional y en el tiempo, el enfoque de canastas prioriza el análisis de la especificidad regional del consumo, lo cual dificulta su comparabilidad en el tiempo dados cambios en los patrones de consumo.

Como se mencionó previamente, una serie de trabajos busca incorporar tanto canastas como precios regionales, lo cual responde a la búsqueda de un balance entre los principios de consistencia y especificidad. En la literatura, se destaca la importancia de enfocar esta elección al objetivo de estudio específico. Por ello es conveniente la incorporación parcial de ambos principios al momento de proponer metodologías que contemplen el factor regional.

Esta reflexión cobra especial relevancia ante los resultados de la literatura que se ha abocado a la determinación de canastas regionales que buscan satisfacer el principio de la preferencia revelada, como alternativa para generar mediciones consistentes a las variaciones espaciotemporales de precios. Ello debido a que en la práctica se han encontrado dificultades para proponer una medición acorde y consistente con la teoría de la utilidad.

En este sentido, dadas las múltiples limitaciones que aún deben superarse para proponer líneas de pobreza capaces de reflejar, de manera con-

sistente, los cambios regionales y temporales, el campo de investigación sigue siendo amplio y diverso. Esto implica avanzar en el desarrollo de nuevas metodologías que integren de forma más efectiva indicadores sobre la evolución de los estándares de vida y las preferencias, incorporen adecuadamente las variaciones de precios y de dieta a nivel regional, definan con mayor precisión los niveles de gasto a partir de los cuales se establece la línea de pobreza no alimentaria, y establezcan criterios más robustos para la selección de grupos de referencia en la construcción de canastas. Asimismo, resulta fundamental profundizar en el análisis de las consecuencias socioeconómicas y de política pública derivadas de la aplicación del enfoque regional, incluyendo los procesos de redistribución o las posibles reversiones en la clasificación de los hogares.